

San Francisco de Asís

(Conclusión)

CAPÍTULO IV

El Heraldo del Gran Rey

Algunos días después de la visita a leproso andaba San Francisco cerca de una ermita dedicada a San Damián y oyó una voz interior, que le mandaba entrar. En cuanto se halló dentro le pareció que el crucifijo que allí había le decía con maravillosa compasión y benignidad: «¡Francisco! ¿No ves cómo se está cayendo mi casa? Ve, pues, y trata de repararla». El Santo respondió admirado y tembloroso: «De muy buen grado haré, Señor, lo que me mandáis». Miró por el interior de la ermita y vio efectivamente que amenazaba ruina.

Lleno de alegría y de luz interior se encaminó con prisa al pueblo y como no disponía de bastante dinero apenas llegó a su casa tomó en la tienda muchas piezas de paño y se fué con ellas a una ciudad cercana. Vendió allí todas sus mercancías, vendió asimismo el caballo y volvió a la ermita de San Damián para dar todos los dineros que había juntado al capellán que la guardaba a fin de poder hacer las reparaciones necesarias, pero éste no quiso recibirlos por miedo al padre de San Francisco que se habría de enfadar cuando supiera lo que había hecho su hijo y entonces el Santo arrojó con desdén la bolsa y los dineros a una ventana de la ermita.

Pedro Bernardone estaba de viaje mientras su hijo había hecho cosas tan extrañas. Cuando se enteró de todo, se enfureció y se presentó al Obispo para acusar a su hijo y para hacerle renunciar a la herencia.

El Santo fortalecido por Dios, compareció ante el Prelado y en presencia de su padre y de muchos asistentes se despojó de todas sus vestiduras y ceñido solamente de un áspero cilicio, hablando poco a poco dijo: «Oíd todos y escuchadme: hasta ahora os he llamado padre mío. De aquí en adelante no diré sino: Padre nuestro que estás en los cielos. Desnudo iré al Señor mi Dios...»

El pobrecito se vistió con una ropilla que había sido de un criado del obispo y alegremente salió al campo. A las tres horas de andar le detuvo una cuadrilla de ladrones. «¿Quién va y quién eres tú?» le dijeron. «Soy el heraldo del Gran Rey», respondió muy valiente San Francisco. Los ladrones le tomaron por loco y como no tenía nada para robarle se contentaron con balancearlo pícaramente y lo tiraron a un barranco lleno de nieve diciéndole: «Ahí te quedas, rústico heraldo de Dios.» El Santo salió como pudo y siguió cantando alto y jubilosamente.

Llegó San Francisco a un hospital y como los enfermos eran sus amigos predilectos, los cuidaba y los servía con todo su corazón. Lavábales los pies con grandísima diligencia, yendábales las llagas, extraía la podredumbre y les limpiaba la costra y escamas, poniendo sello a

tan exquisitos cuidados, con ósculos de altísimo amor.

Como ansiaba restaurar la ermita de San Damián volvió a Asís y vestido con una sotanilla de ermitaño andaba pidiendo limosna diciendo y cantando por las calles: «Quien me dé una piedra tendrá una recompensa; quien me dé dos piedras tendrá dos recompensas.» Muchos se reían y le tomaban por loco; pero otros lloraban conmovidos ante tan gran santidad y le ayudaban.

Acarreaba con grande afán piedras, maderas y mortero a la derruida ermita sin cesar un solo momento de cantar. Cuando fatigado tenía que descansar, meditaba los misterios de la Pasión y se cuenta que cierto día, le vio un campesino llorando por los alrededores de la ermita y compasivo le preguntó: «¿Por qué lloras, amigo, y qué penas te entristecen?» Lloro respondió el Santo, los sufrimientos de mi Señor Jesucristo, y no me daría vergüenza ir por el mundo entero y que todos me vieran derramar lágrimas.» Con lo cual ambos se quedaron llorando largo rato.

CAPÍTULO V

Grandezas del pobrecillo

Cuando San Francisco trabajaba de recio, comía de lo que le daba el capellán y era comida bastante buena. A los pocos días se dijo el Santo: «Yo soy un pobre mendigo y debo de ir de puerta en puerta, con un cacharro en la mano, y comer de las sobras que me dé la gente» y al mediodía se fué de puerta en puerta. En seguida le llenaron de residuos y deshechos la cuenca que llevaba, porque las buenas gentes tenían mucha compasión de aquel joven tan rico que había vivido como gran señor, asistiendo a opíparos banquetes y que humilde daba gracias ahora, a los que le ofrecían algo por amor de Dios.

Sentóse San Francisco a comer alegremente, lo que había recogido, pero en cuanto removió aquellas heces de cocina se desmayó casi de asco. El Señor le dió fuerzas y triunfando de la repugnancia sintió un gozo tan grande en el corazón y tanta alegría que le pareció que las tortas y los pasteles no le podrían saber mejor que le sabía aquel condumio. Dió gracias a Dios que había cambiado para él lo amargo en dulce y con mayor fervor volvió a trabajar a la ermita.

Algunas veces le encontraba su padre pidiendo limosna, se encrespaba de cólera y le insultaba con violencia. San Francisco lo sentía muchísimo porque le quería entrañablemente y a fin de apartar de su cabeza el influjo de las fulminaciones paternas dijo a un mendigo de Asís: «Ven conmigo y tú serás un padre de bendición.» Cuando encontraba a Bernardone, San Francisco se arrodillaba ante el mendigo y le decía: «¡Bendíceme padre!» Este le bendecía y el Santo añadía volviéndose a su verdadero padre: «¡Ved cómo Dios me ha dado un padre que me bendice en lugar del que me condena!»

Restaurada que fué, emprendió la misma labor con otra dedicada a San

Pedro y después con la de Santa María de los Angeles o Porciúncula. Aunque la restauración de esta ermita de la Porciúncula es la que le ha dado más gloria, fué la restauración de la de San Damián la que más gozo le causó. Como ya se ha dicho, mientras trabajaba cantaba siempre y componía cantos para que los cantasen los que trabajaban con él. Decía además a cuantos encontraba: «Venid conmigo a levantar la iglesia de San Damián porque será un día gran monasterio de grandes Damas que por su vida austera, glorificarán al Padre Celestial y a toda la Iglesia. Tal como profetizó sucedió antes de que pasasen diez años, pues allí fué Santa Clara con sus monjas.

CAPÍTULO VI

El Santo fundador

Cuando terminó de restaurar las ermitas, San Francisco iba vestido aún de ermitaño. Pero un día oyó en misa las palabras que Jesús dijo a sus discípulos al enviarles a predicar y la recomendación de no llevar ni dinero, ni aforja, ni dos túnicas. «Esto es lo que yo deseo; esto es lo que quiero cumplir con todas las fuerzas de mi alma.»

Inmediatamente lo hizo: tiró el palo que le servía de bastón, tiró los zapatos, tiró todo lo que llevaba puesto, se vistió de un saco con capuchón y se anudó a la cintura una cuerda rudísima. La santidad de su vida admiraba a todos.

Al cabo de dos meses algunos hombres de espíritu religioso y sencillo quisieron seguir su ejemplo y vivir como él. El primero fué Fray Bernardo, de santa memoria, que era un señor joven, rico y principal de Asís.

Un día fué a ver al Santo en secreto y le rogó que se dignase hospedarse en su casa. Aceptó San Francisco la invitación y Bernardo, que quería saber si era tan santo como parecía, le dió buena cena y le llevó a descansar a una cama que había hecho poner junto a la suya en su misma habitación.

San Francisco, para mejor disimular, se echó en seguida en la cama e hizo como que dormía profundamente; el señor Bernardo se acostó después y se puso a roncar estruendosamente. Creyendo que estaba dormido, San Francisco saltó de la cama y puesto de rodillas con los brazos en cruz pasó la noche rezando y diciendo con suspiros: «¡Dios mío! ¡todas las cosas! ¡Dios mío y todas las cosas!»

En cuanto amaneció díjole Bernardo: «Hermano: tómate conmigo que quiero vivir como tú vives». El Santo le contestó: «Mañana iremos al templo de San Nicolás y estaremos en oración hasta la hora de tercia para que Dios nos enseñe por los Evangelios lo que debemos hacer.»

Fueron y allí se les junto otro compañero llamado Pedro, que tenía los mismos propósitos; después de la misa y de orar hasta las nueve, San Francisco se acercó al altar y tomando los Evangelios abrió el libro al azar. Sus ojos leyeron estas palabras: «Si quierdes ser perfecto, ve y vende todas las cosas

que tienes y dadas a los pobres y habrás conseguido un tesoro en el cielo»

Desbordante de gozo Francisco volvió a abrir otras dos veces el libro en honor de la Santísima Trinidad. La segunda vez leyó: «No lleveis cosa alguna para el camino». Y la tercera: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame». Volvió a los dos compañeros arrodillados al pie del altar y les dijo: «Hermanos míos, esta es nuestra vida y nuestra regla. Id pues y cumplid lo que habeis oído». Marcharon inmediatamente y dieron a los pobres cuanto tenían.

Un joven llamado Egidio o Gil, conmovido por la vida de aquellos dos santos varones resolvió imitarlos. Complicado del aspecto juvenil y devoto del mancebo San Francisco le abrazó y le dijo: «¡Queridísimo hermano! ¡Gran merced te ha otorgado el Señor!» Y asiéndole por la mano le llevó a la choza donde vivían. Allí se alegraron todos y después que juntos comieron y dieron gracias a Dios, San Francisco tomó a Gil y se fué con él a Asís, en busca de un hábito con que vestir.

En el camino se cruzaron con una vieja que les pidió limosna en nombre de Dios. San Francisco se volvió a Gil y mirándole con cara de ángel le dijo: «Queridísimo hermano, por el amor de Dios démosle tu manto a esta pobrecita.» El bendito mancebo, que ardía en deseos de que San Francisco se lo mandara, entregó su vestido a la anciana, pareciéndole por el indecible gozo que entonces inundó su alma, que la limosna aquella subía derechamente al cielo.

F. T. D.

Marta, la orgullosa

Había una vez una niña a quien la fortuna colmaba de favores. Sus padres, ricos propietarios, la mimaban con exceso y no había capricho que no le concediesen, aunque les costara lo que costase.

Marta abusaba de su poder e imponía su voluntad a grandes y chicos. No quería estudiar, y su ignorancia corría parejas con su belleza.

Habituada desde pequeña a gozar de todos los privilegios de la fortuna, despreciaba con orgullo a todas aquellas personas a quienes veía modestamente vestidas.

Un día que se paseaba con su mamá vió que ésta saludaba afectuosamente a una señora cuyo vestido no denotaba una elevada posición.

La niña que la acompañaba, de fisonomía dulce y bondadosa, también iba vestida con sencillez. Marta la miró de pies a cabeza con aire de orgullo que intimidó a la pobre niña.

Después de un largo rato de conversación con su antigua compañera de colegio, la madre de Marta se despidió cariñosamente y exigió que fuesen a visitarla al día siguiente.

—Mamá—dijo Marta, en cuanto se hubieron alejado un poco—. ¿Quiénes eran esas personas tan poco elegantes?

—Hija mía, la señora ha sido mi mejor amiga de la infancia, y espero que tú lo serás también de la pequeña Adela.

Marta se guardó muy bien de protestar; pero al día siguiente reunió en su casa, con pretexto de un bautizo de muñecas, a una gran cantidad de amigas que rivalizaban con ella en lujo y en necesidad.

Cuando llegó Adela fué recibida con frialdad altanera por la orgullosa Marta quien, desdeñosamente, la presentó a la reunión.

Un diluvio de preguntas cayó sobre la visitante.

—¿Tienes automóvil? ¿Dónde veraneas? ¿Cuántos criados hay en tu casa?

Marta, en voz baja, les dijo:

—Es una pobretona. Mirad qué vestido trae. Al volver a su casa, dijo Adela:

—Mamá: ¡qué tarde tan mala he pasado! ¡Cómo se han burlado de mí esas niñas ricas!

—No te apures, hija mía. Marta no es mala, sino orgullosa. Merece una lección, y yo se la daré cuando venga.

Efectivamente, a los pocos días fué Marta de visita, y se encontró con un grupo de niñas alegres y simpáticas, que rodeaban a Adela.

La madre de ésta les dijo:

—Queridas amiguitas: he organizado para hoy un concurso con unos libros muy bonitos como premios, que serán ganados por las niñas que mejor contesten a mis preguntas.

Las niñas aplaudieron con entusiasmo, y la señora empezó el interrogatorio:

—¿Cuál es la capital de China?

—Pekín—respondió prontamente la lluda rubita.

—Diez puntos. ¿Quién descubrió América, y en qué año?

—Cristóbal Colón, en 1492—respondió otra de las niñas.

Cuando le llegó el turno a Marta, se quedó sin responder a las varias preguntas que le hicieron, y cuando, azorada, contestó que las partes del mundo eran ocho, estalló una carcajada general, que la hizo ponerse colorada de vergüenza.

Después se repartieron los premios, y solamente Marta quedó sin ninguno. Sentada en un rincón, y olvidada, como lo fué en su casa la pobre Adela, comprendió que una instrucción bien sólida es la única riqueza que puede enorgullecernos.

La amarga lección dió pronto sus frutos. Hoy Marta es una niña instruida, bondadosa, sencilla y amable.

¿Sabéis cuál es su amiga predilecta? Adela.

## La casa de fieras

La hiena manchada es un animal fornido, y su crin y sus orejas son cortas. Su coloración varía según los sitios donde se la encuentra y según su edad, pero siempre consiste en un fondo pálido manchado de oscuro.

Especie puramente etiópica, sólo habita en los países del Sahara, desde el Senegal al alto Nilo hasta el extremo meridional de África, faltando en las regiones de selva espesa.

No come más que carroñas y todas las porquerías que encuentra, pues busca su alimento en los vertederos de las aldeas. El naturalista Loveridge, que examinó en el territorio de Tanganyika los estómagos de tres hienas manchadas, encontró en uno fragmentos de piel de cabra y una pezuña y varios huesos vaca; en otro, una pezuña de cabra, unas tiras de piel de jirafa curtidas para hacer sandalias, las patas de una gallina y unos pedacitos de calabaza, y en el tercero, restos de una cabra y de un jibali, un pedazo de antilope, un pie de rata y algunas patas de gallina.

Sin embargo, algunas veces ataca al ganado vacuno y a los asnos, así como a los animales heridos o enfermos, sin exceptuar ni aun al león, y

también se atreve con las personas que duermen al aire libre. De todos modos, un hombre sano y despierto no tiene nada que temer de las hienas.

Los caballos y las cebras les imponen también respeto. Las segundas, sobre todo, en cuanto ven una hiena, la persiguen y, si no se pone pronto en salvo, la matan a mordiscos y patadas.

Una de las particularidades de la hiena manchada es su voz, que constituye una serie de extraños gruñidos y bufidos, y, si está muy excitada, prorrumpen en una especie de careo ruidoso, que recuerda las carcajadas de un loco.

Las hienas constituyen una familia muy reducida de carnívoros. Su corpulencia viene a ser la del lobo, al que se parece algo en la forma de la cabeza.

Su cuarto trasero es derrengado y mucho más débil que el delantero. Su crin, espesa, y su pelaje con caracteres inconfundibles.

## Una reliquia histórica

La corona real más antigua que existe es la de hierro, de Lombardía.

Dicho augusto atributo es tan pequeño, que no puede ajustarse ni aun a la cabeza de un niño.

Está, en efecto, forjada en hierro recubierto de oro, y la mandó labrar, a fines del siglo VI, Teodolinda viuda del Rey de los lombardos, para regalársela a Agilulfo, duque de Turín con quien casó en segundas nupcias.

Al mandarla fabricar así quiso significar a su nuevo esposo que la corona es un peso cuya incomodidad está oculta por un brillo engañoso.

Lo más notable es que, según la tradición, el hierro de esta corona procede de uno de los clavos con que fué crucificado el Salvador del Mundo.

## ¡Que no se fijan los niños!

Ramón es un muchacho muy vivaracho, le rasgados ojos e inquieto cuerpo de goma, y ocurre en sus dichos. A Ramón se le espera en casa, a su salida del colegio, con verdadera impaciencia; es el benjamín; sus papás le profesan un tierno cariño. Mary, su hermana, cuatro años más que él, no es ningún modelo de modestia; su ocupación parece que no es otra que la de copiar los modelos de modas, por atrevidas y desdoscadas que éstas sean.

Al atardecer de un día de invierno al llegar Ramón a casa, se encontró con que su mamá y hermana venían como de costumbre, del cine. Mary venía muy inmodesta; Ramón, en cambio, envuelto en su gabán y bufanda pues hacía un frío más que regular. Luego de haber saludado a su mamá se dirigió a su hermana y le dijo:

—Oye, Mary, ¿por qué te vestes así?

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué te dice ése? preguntó la mamá.

—Que a ver por qué me visto así...

—Es, replicó Ramón, que hace un frío, tremendo; y, además, eso debe de ser malo, porque en el colegio, cuando hay una postal trajeada así como tú, la rompen...

Y luego dirán que los niños no caen en la cuenta.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

## EL SECRETARIO

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(88)

Calló, trémulo de cólera, como si acabase de recibir un insulto y, secamente, declaró cuando su conmoción le permitió hablar.

—Puede usted marcharse cuando quiera, señorita de Mur. Cuenta usted con el permiso de su tutor.

—Gracias—dijo la joven tranquilamente.—Buenas noches.

La vió alejarse reposada, serena, altiva. Su imaginación le trajo el recuerdo de aquel día que, en el Almirante, sentada en la mesa donde él escribía en limpio las áridas cuartillas de historia, le había dado una flor alejándose luego, volviendo la cabeza sonriente al flotar vaporoso de su vestido azul.

Rebelándose como una fiera contra el destino, corrió hacia ella suplicante, trémulo, con tal acento de decisión

y energía en la voz, y en la palabra que ella, asustada, se detuvo antes de atravesar la puerta.

—¡María Victoria, alma mía!—gritó con las manos enlazadas, implorando.

—¡No, no quiero que se vaya usted! ¿Qué será de mi vida sin la luz de esos ojos, sin las palabras de esos labios divinos, sin la presencia constante de usted?

María Victoria conocía a Gonzalo Estrada quieto y cariñoso; pero al hombre vehemente y apasionado que tenía delante, aquel cuyas frases tenían un eco de locura, el hombre ardiente e impetuoso no lo conocía y, temblorosa, mirábale asombrada, deslumbrándose ante la hoguera candente de aquella pasión tan exaltada, tan muda que, al fin, rompía su contención en explosiones.

—No se irá usted porque la vencerán mis súplicas. Será usted piadosa, María Victoria. Y si, al fin, no me oye, si se niega a escucharme, la seguiré donde quiera que vaya. Al castillo de Vertal, al Almirante, a Madrid, a Italia, al fin del mundo... aunque tenga que gastar para ello hasta el último céntimo de mi fortuna, aunque salga ren-

do en el ajeteo de la lucha. He vivido tres años con usted, viéndola a diario sabiendo al acostarme que a los dos nos ha cobijaba el mismo techo, saboreando el placer de verme envuelto en una dulce y purísima afección. Conocedor de sus penas, de sus alegrías, de sus inquietudes; sintiéndome el amigo inseparable de todos los momentos, no puedo conformarme ahora a quedarme aquí, entre las cuatro paredes de este caserón que, sin usted, se me hará odioso, porque es la luz de su hermosura la que en él vierte claridades de vida. No, María Victoria; donle usted vaya iré yo. Nos ha encadenado el destino y usted no debe olvidar lo que algunos creen: que... «el destino manda».

A la súbita palidez de su rostro sucedió un subido color de carmín: advinábase la sangre joven hervir en las venas, y María Victoria Mur, sin palabras, muda de sorpresa y admiración oía como una estatua las frases nuevas que le parecían música fantástica de una romanza maravillosa.

Dulcemente, cambiando en tierno y cariñoso el fiero acento, Gonzalo Estrada siguió:

## NIÑOS

Los niños se agrupan a mi alrededor. Cuentos y más cuentos piden incansables. Las niñas prefieren los cuentos de amor, y los niños, otros cuentos menos amables. Y gustan así, de guerras y viajes, de astucia, de ingenio y de oro escondido. Las niñas exigen descripción de trajes; los niños, que el ogro resulte vencido. Para conseguir cuentos de mi boca, una pequeñita me ruega en voz queda; otro, con sus labios mis dos manos toca; y otra, hecha un ovillo, a mis plantas rueda. Una, regalona, se trepa en mi halda; y la más mimosa, acariciadora, con sus besos puros mi mejilla escalda, insinuante ya y tentadora.

«Yo, Capercucita», dice una adorable; y otra, dulce agrega en piedad amable: «No, porque se comen a Capercucita.» Los niños me dan olvido y el canto; y yo, en cambio, a ellos, mala fantasía, que hace de mis cuentos cátedra de llanto con su inculcar lento de melancolía.

(De MARÍA MONVEL)

## EL CARACOL

Todos vosotros habeis visto arrastrarse los caracoles, pero quizás alguno no se haya parado a meditar que clase de bichos son. Por eso yo voy a daros una breve explicación sobre los mismos.

El caracol es un molusco de cuerpo blando, recubierto de gruesa piel llamada manto. Su forma de caminar es arrastrándose, ondulando su piel viscosa.

Los que comúnmente llamamos cuernos, son unos tubitos que se alargan y ecogen hasta quedar completamente metidos dentro de su cabeza. En el extremo de los cuernos se encuentran los ojos.

La concha del caracol es lo que pudiéramos llamar su casa, pero forma parte integrante de su cuerpo, de tal manera, que si se la arrancásemos, su muerte sería instantánea.

Cuando llega el invierno, el caracol nota la falta de hojas tiernas, su exclusivo alimento y se esconde en el hueco de un árbol. Encoge su cuerpo y construye capas de baba alrededor de los bordes de la concha, dejando un orificio para respirar. Así duerme largamente.

El caracol deposita en un agujero veinte o treinta huevos a la vez. Estos huevos se encuentran en la tierra a dos o tres centímetros de profundidad. El frío no les perjudica, hasta tal extremo, que se han hecho experimentos introduciéndolos en hielo, no perdiendo por ello sus cualidades germinativas.

En España, Italia y Francia se comen cierta clase de caracoles.

FEDERICO TORRES

**T. B. O.**  
SEMANARIO INFANTIL  
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.  
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.  
Precio: 0'10 pesetas.  
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

## AMOR FILIAL

(Cuento chino)

Los padres de Wu-Mang, un chiqueto que sólo tenía ocho años de edad, eran tan pobres que no contaban ni con el dinero preciso para comprarse un mosquitero para su cama. Pero cada día, después que sus padres se habían dormido, Wu-Mang se acercaba a su lecho y dejaba que los mosquitos le picasen a él, sin ahuyentarlos.

De este modo libraba a sus padres de las molestias de los mosquitos.

## CURIOSIDADES

Las ranas tienen, como los camellos, la facultad de almacenar humedad en su cuerpo, por lo cual pueden pasarse sin beber durante espacios de tiempo que ocasionarían la muerte a otros animales.

Las serpientes no suben a los árboles enroscándose a ellos, sino sujetándose con las escamas.

En la emisión de la voz humana toman parte cuarenta y cuatro músculos.

Se ha calculado que toda el agua del Océano contiene una solución de más de dos millones de toneladas de plata.

Se hacen tapices y alfombras con la piel curtida de los elefantes; estos tapices son, según se asegura, de suma duración.

En Inglaterra se ha intentado varias veces aprovechar la tumba como reclamo; pero las autoridades no lo han permitido. La viuda de un fabricante de específicos quiso elevar una especie de monumento funerario con el relato detallado del descubrimiento de cierto medicamento que constituía el principal negocio del difunto y llegó a esculpirse en mármol; pero no pudo conseguir el permiso para ponerlo.

Hay icebergs que tardan doscientos años en derretirse por completo.

Las jirafas pueden ver hacia atrás sin necesidad de volver la cabeza.

Los fisiólogos dicen que los jóvenes que no fuman crecen en estatura, en peso y en ancho de pecho y en capacidad pulmonar mucho más rápidamente que los aficionados al tabaco.

William Crookes inventó un instrumento llamado spinthariscopo para comprobar el desgasamiento continuo de la materia.

Médicos eminentes dicen que las personas que duermen con la boca cerrada son las que viven más.

La sustancia conocida con el nombre de azabache no es más que carbón fosilizado.

Las lechugas contienen una pequeña cantidad de opio.

Imp. de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17

—Después de una amistad franca y profunda de dos años, a raíz de la muerte de su padre vino usted por su propia voluntad a mi casa y fui tan loco... ¡Oh, perdóneme usted! pero es llegada la hora de la confesión y quiero decirselo todo. Fui tan loco que pensé no saldría usted nunca de ella; creí que siempre, ¡siempre! tendría cerca su imagen adorada, que siempre sus labios pronunciarían mi nombre con afecto, que tal vez algún día se abrieran para decirme... «te quiero, Gonzalo»... ¿Es verdad, María Victoria de mi vida, que sólo ha sido un sueño, que usted no puede, no quiere amarme, que se al ja de aquí, dejándose abatido, impulsada quizá por una calumnia, maldiciéndome acaso?...

—No, no es una calumnia—declaró débilmente María Victoria Mur.—Sé que antes de conocerme amó usted a una mujer...

—Creí amarla—rectificó el joven.

—Y si bien ella dió motivos, por su inconstancia, a que usted la olvidase, el recuerdo del cariño pasado ha podido más que los rencorillos del amor propio herido, y hoy ha vuelto a brotar, pujante, arrollándolo todo, bo-

rrando hasta la memoria de otro amor...

—¡No, no!...

—He sido testigo de sus atenciones, de sus obsequios hacia cierta personalidad, muy digna por cierto del aprecio y la estimación de un caballero; y porque usted lo es y además es buen hijo, doy por hecho su casamiento con ella, en vista del interés que su señora madre ha demostrado por el tal enlace. No dejo de comprender, por otra parte, porque no soy ciega, que usted batalla entre dos amores, y para hacerle más fácil la victoria, querido tutor, he decidido poner entre usted y yo, (que he de ser, si me quedo, una tentación constante) el obstáculo de una distancia que usted no franqueará, porque así se lo ruego. No vaya usted a creer por todo esto que yo he de maldecirle. Obra usted en uso de un perfecto derecho y yo le deseo la mayor suma posible de felicidad.

El esfuerzo que estas palabras costaron a la joven, no pasó desapercibido para Estrada quien, fuera de tino, gritó exasperado.

—¡Miente!... ¡Miente quien lo haya dicho!... Yo no voy a casarme. He fingido atenciones, he simulado un cari-